

nes. Podría comparársele con el superintendente Fouquet, en lo que tiene de noble y de generoso, con tal de completar la comparacion con la imágen de Turcaret con sus vicios y sus ridiculeces.

Siento encontrar una sombra en este cuadro, y no poder mostraros á Mecénas moribundo como os lo he dibujado durante su vida. Pareceria que esta figura feliz, que habia aceptado con delicia el imperio de Augusto y cuya esparcida serenidad nada habia turbado, deberia abandonar el mundo siempre risueño y radioso.

Pero nada de esto; Mecénas sufrió tambien su castigo y pagó su tributo á la gran ley humana de la penalidad. Instrumento de Augusto, fué recompensado con la deshonor introducida en su hogar y con la tibieza del amo. Esclavo de Terencia, fué el juguete de esta muger coqueta y caprichosa. Esclavo del placer, pasó los tres últimos años de su vida en un estado de insomnio que fué un suplicio. Cada ocho dias, Roma se divertia con las querellas de estos esposos, que se manifestaban de la manera mas violenta. Con cualquier motivo, se veia á Mecénas que iba ante el tribunal para repudiar á su muger. Pero apénas lo habia hecho, y se arrepentia. Ocho dias despues encontraba á Terencia mas bella que nunca, y volvia á unirse con ella para volver á repudiarla. Al fin, se llegó á decir en Roma «que se habia casado mil veces.»

El ridículo no era nada para un filósofo de la secta de Epicuro. Pero el sistema nervioso del prostituido emérito, se excitaba con aquellas escenas domésticas; fatigado el estómago y con ayuda de las consecuencias de los excesos, Mecénas contrajo una enfermedad cruel, implacable, incurable: el insomnio. Le habian aconsejado como remedio, que bebie-

se mucho, y él seguia el consejo á la perfeccion; pero este medio no dió resultado sino por poco tiempo. Habia inventado otro artificio mas delicado, que era reunir una orquesta á alguna distancia del cuarto en que reposaba, cuyos sonidos le llegaban suavizados y como un murmullo. Todo fué inútil, y sin embargo llegó á vivir durante tres años sin dormir. Amaba la vida que le habia sido tan dulce; Séneca nos dice que tenia mucho miedo á la muerte, á pesar de su filosofía y de las promesas que le hacia Horacio de seguirlo á la tumba. Tenia siempre ante los ojos el espectro de la muerte, que contribuia todavía mas que los gritos de Terencia á hacer dolorosos sus insomnios. «¡Que esté yo enfermo, exclamaba, que sea yo ciego, manco, cojo de las dos piernas y me arrastre, con tal que viva!» Caton, por su parte, habia exclamado: «¡Muramos, ya que no puedo vivir libre!»

Mecénas murió bien, segun parece: se llamaba morir bien, bajo el imperio, hacer al emperador su legatario universal. Augusto fué el heredero de Mecénas.

¿Cuál fué el papel de Mecénas en las artes? Yo no veo que ejerciera una accion marcada en los artistas. Mecénas tenia principalmente la direccion de las letras. En cuanto á bellas artes, gustaba sobre todo de lo que podia aumentar su bienestar interior; pensó tambien, por fortuna, en hacer reproducir sus facciones. Hay, en efecto, dos piedras de los dos grabadores mas célebres del tiempo de Augusto, Solon y Dioscórido, que nos han conservado la imágen de Mecénas.

La piedra de Solon representa á un hombre en la fuerza de la edad; es gordo, es el *pinguis Etruscus* de que se burla Horacio cuando habla, no de Mecénas, sino de los etruscos

en general. Es calvo y unas cuantas mechadas de cabello le forman una corona al rededor de la cabeza, pero el cráneo está desnudo, y esto explica por qué, cuando se presentaba en público, se cubria la cabeza con un pequeño manto que no dejaba pasar mas que las orejas. Los músculos del cuello son muy pronunciados; no son los músculos del toro, es mas bien una hinchazon que hace comprender que las venas están obstruidas por efecto de los excesos. El perfil es puro y caracterizado, y da muy bien una idea de la raza etrusca tal cual la conocemos por las esculturas y las pinturas de las tumbas. En la nariz hay algo que recuerda la del Polichinela latino, pero la barba es ancha, con hermosos pliegues que le imprimen un aire magestuoso. La boca, cuyos labios están bien dibujados, es buena, tiene abandono, facilidad, y expresa los sentimientos afectuosos; es la boca de un hombre excelente, y se ve que si dió la mano á la tiranía, fué para vivir él tranquilo y no para hacer sufrir á los demas.

La piedra de Dioscórido es enteramente diferente. Representa la vejez llegada á la decrepitud, y me pregunto si no accedió Dioscórido, al representar á Mecénas enteramente viejo, á los deseos de su ilustre patron, que preocupado con sus insomnios, quiso consagrar la imágen de lo que llega á ser un hombre, por grande y feliz que sea, cuando las enfermedades lo agotan durante tres años.

Diríase, en efecto, que Dioscórido hizo ese retrato por órden de Mecénas, pues lo representa en extreme viejo y disecado: el labio le cuelga; la cabeza permanece siempre viva é inteligente, pues á no dudarlo la inteligencia no ha decaido, la irritacion de las vigiliassolo ha podido aguzarla. Pero es curioso observar la sequedad, la descomposicion, lo protuberante de todas las partes musculares de las faccio-

nes. Hasta cierto punto, ya no queda sino la piel sobre los huesos. Extraño contraste con la cabeza llena, grave, repleta del retrato de Solon.

Hay otro busto de Mecénas en Roma, pero no está bastante bien conservado, para que merezca se le estudie, sobre todo al lado de las obras maestras de Solon y de Dioscórido.

He aquí un bosquejo, señores, rápidamente trazado, pero bastante exacto, de Mecénas. Habeis visto que no es un Pericles, ni siquiera un Alejandro. Y sin embargo, su nombre ha tenido suerte, pues se ha conservado como el tipo de los protectores de los poetas; la posteridad se ha forjado un Mecénas ideal, que será tan duradero como la humanidad.

Porque realmente se apropió la mejor parte, pues al proteger á los poetas, se aseguraba sus alabanzas, y pasaba con sus versos á los siglos mas remotos. Consagrado está el renombre que le dieron; su nombre ha sido, aun en los mejores tiempos de nuestra literatura, tan popular como en el siglo de Augusto, y los amigos de las letras han tenido siempre ante los ojos un modelo, un ideal, un tipo, que es Mecénas.

En la conducta de este se ven, primero, sus gustos personales. Amaba las letras como todos los romanos ricos y bien educados; las amaba y las cultivaba; parece que escribió tanto en prosa como en verso, pero se cuenta tambien que era descuidado y al mismo tiempo muy afectado en la forma. Que fuese descuidado, parece conforme con su carácter general: un buen vividor no podia imponerse la tension de espíritu que da la precision y la pureza del estilo. Pero que fuese afectado, no le era permitido á un talento lleno de delicadeza, que vivia en relaciones con escritores de una forma

tan pura y de un gusto tan elevado. Su temperamento se sobreponía, pues, á todos los ejemplos: la pretension que ostentaba en su tocador, la afición que lo dominaba por las pedrerías, ciertos lados pueriles de su organizacion original, explican que fuera inclinado á la afectacion.

Perfectamente se alían la afición por las cosas del espíritu y la amistad por los literatos, con el gusto por los festines y las animadas y joviales conversaciones que prolongan el placer de la mesa. Desde temprano debe Mecénas haber buscado los mas distinguidos y amables entre los espíritus superiores de su tiempo.

Entró, pues, en relaciones con Virgilio, recomendado por Asinio Polion, luego con Horacio y con Propercio. Era este un jóven romano, de grandes dotes, de un carácter encantador, y que parecia nacido para las acciones heróicas. Mecénas lo alojó en su casa y lo perdió. Aquella hermosa inteligencia que prometia á Roma un gran poeta y obras de un órden elevado, se evaporó en medio de las voluptuosidades de la casa de Mecénas, se gastó cantando alabanzas á Augusto ó los encantos de una querida, y Propercio murió á los 30 años, formulando como último voto espirar en brazos de Cyntia. El poeta pagaba cara la proteccion de Mecénas.

En cuanto á Virgilio, debemos hablar de él mas detalladamente, porque Mecénas ejerció considerable influencia, no en su vida, sino en sus poemas y en sus ideas. Con este motivo tengo que hablaros con mas particularidad, del valor político y del papel de Mecénas respecto de los hombres de letras.

Es de creer que al mismo tiempo que cedía á su afición personal, Mecénas obedecía un mandato, y que su conducta estaba convenida con Augusto. Augusto debía temer aquel

espíritu latino, cáustico, un poco amargo, que habia conservado el sabor acre de Ennio, del viejo Caton, y de Pacuvio. Augusto no ignoraba que habia que temer sobre todo á los hombres que con sus versos recitados pública ó privadamente, podian excitar los sentimientos republicanos, despertar la mal apagada altivez de los corazones romanos y comprometer la fundacion del imperio. Mecénas tuvo, pues, la mision de atraer á su casa á todos los poetas, y de dirigir con dulzura su inspiracion, que se les imponia, por vias favorables á la conservacion del órden establecido.

Virgilio, ciertamente, es uno de los ejemplos mas notables de la influencia que puede ejercer un hombre dulce, vivo, suave con perseverancia, cínico con medida, y corrompido con tacto, en una organizacion mucho mas elevada, mucho mas poética, pero por esto mismo mas ingenua.

Lo que salvó, no á Virgilio, sino su dignidad personal, fué que vivió lejos de Roma. Aunque se le hizo volver su propiedad de Mantua, tenia siempre de vecino al terrible veterano tanto mas irritado, y por esto vendió sus bienes, partió con su familia, puso toda la Italia entre él y su perseguidor, y fuese hasta Tarento. Esta expatriacion tuvo al ménos el resultado favorable de alejar á Virgilio de Roma. Iba, sin duda, á Roma, para ver á Mecénas y leerle sus versos, pero nunca residió en esta ciudad.

Habitaba en Tarento y la Campania, de manera que vivió, por decirlo así, aislado, nunca se sumergió en la corriente de servilismo y de degradacion moral que el siglo de Augusto inauguraba, y conservó todo lo que tenia de bueno, de honrado y de elevado en los sentimientos. Por desgracia, su talento no conservó la misma independenciam, pues Mecénas lo tenia, á pesar de todo, demasiado á menudo cerca de

sí, ó sabia llegar hasta él por medio de sus cartas y sus consejos. El poeta no pudo resistir á un lenguaje dorado, á los argumentos especiosos, á seductoras súplicas, al pérfido llamamiento hecho á su patriotismo. La inspiracion general de sus obras proviene de Mecénas.

Hay mas independenciam en sus *Bucólicas*, aunque divinizó á Octavio por exceso de gratitud, á pesar de que cantó la preñez de su muger Scribonia, y de que prometió un héroe, que resultó una niña, la famosísima Julia. Pero sus *Geórgicas*, fueron en cierta manera dictadas por Mecénas. Augusto sentia la necesidad de atraer los espíritus al amor de los campos. Habia grandes propiedades en decadencia, inmensos espacios que ya no se cultivaban. Era tambien un medio de hacer olvidar los negocios públicos, el mutismo de la tribuna, la confiscacion de las elecciones, la alteracion de las magistraturas, y de asegurar la sumision al amo. A fin, pues, de que la teoría condujese á la práctica, se recurrió á las descripciones de los poetas.

Virgilio se dedicó naturalmente á celebrar la agricultura, á poner en hexámetros los preceptos mas áridos de los libros cartagineses y de los libros de Caton. Las *Geórgicas* están dedicadas á Mecénas, y con justicia, pues son sus hijas. Virgilio fué la forma, la expresion, el instrumento melodioso; el pensamiento fué de Mecénas, es decir, de Augusto.

Lo mismo sucedió con la *Eneida*. Examinadla con atencion y reconoceréis que el pensamiento fundamental del poema, es popularizar las tradiciones de la familia imperial, referir la historia de los pretendidos autores de la familia de los Julios, y crear el prestigio histórico y divino al rededor de la cuna imperial. Toda la historia de Eneas, de Anquises, de Ascanio, será referida con complacencia, porque son los abuelos

de Julio César y de Augusto; y Virgilio da tortura á su imaginacion, y crea é inventa haciendo verdaderas hazañas, en servicio de un asunto muy mediano.

Si Virgilio hubiese sido dejado á sí mismo, á las inspiraciones libres de su hermoso génio, en la campiña encantadora de Nápoles y de Tarento, habria concebido otras obras, de forma tan pura y tan perfecta, pero de inspiracion altiva, personal, tal vez grandiosa. Su génio se debilitó tratando un asunto que se le imponia; al morir quiso quemar la *Eneida*, cuyas bellezas muy bien conocia, pero que en algo pesaba sobre su conciencia, ó por lo ménos, permitido es suponerlo. Esto os dirá cuál fué la influencia de Mecénas en una alma cándida y honrada, que se hallaba tanto mas ligada cuanto mas vivo era el recuerdo de los beneficios que habia recibido. Virgilio fué traicionado por la gratitud, único sentimiento que podia unirle á la política de Mecénas y de Augusto.

El manuscrito de Saint-Denis, que se halla ahora en el Vaticano, contiene un retrato de Virgilio. Tiene el traje griego; el pelo, bastante corto, cae como sobre la frente de un diácono; la cara está rasurada, la nariz bastante mal dibujada; la expresion general es dulce y tranquila.

Este manuscrito es de la época bizantina, y el personaje que se toma por Virgilio tiene un carácter eminentemente bizantino. A falta de mejor modelo, han tenido que aceptar este tipo, segun el cual, el arte moderno trata de reconstruir la imágen de Virgilio. Aun en la antigüedad, Calígula, por locura, hizo destruir las imágenes de Virgilio. Despues de él se buscaron sin embargo las facciones del poeta y se le levantaron estatuas, pues sabemos que en el santuario *lararium* de la casa de los emperadores habia un busto de Virgilio, y con buena derecho, pues mas que nadie, el gran poeta hizo acep-

tar el imperio, y contribuyó de una manera singular á consagrarlo, rodeándolo de la doble auréola de la poesía y del sentimiento nacional.

Horacio, por el contrario, es hijo de un liberto que no olvidó lo bastante su origen, sobre todo en su conducta pública, y que no tiene los escrúpulos ni las delicadezas del cisne de Mantua. A Horacio, que tiene por principio el no admirarse de nada, lo conquista mas fácilmente Mecénas; en el acto se vuelve su comensal y su obligado, pues Mecénas le da simplemente, de la noche á la mañana, un terreno bastante considerable en la Sabina. Dotado por Mecénas, Horacio no solo se hace aliado del imperio, sino que lo canta, alaba á Augusto, y ayuda á llenar de atractivos y á hacer encantadora la servidumbre pública. Elogia la concordia, la paz, la sumision y el orden admirable establecido por el despotismo, que permite los prolongados festines, los ocios infinitos, los cantos de amor, los placeres campestres, y que sobre todo dispensa de los deberes de ciudadano. Horacio, que tiene versos muy nobles, y acentos, á veces, dignos de mejores tiempos, tiene tambien horas de cinismo en que exhibe á toda luz y como con jaetancia, acciones vergonzosas, que se deben callar, aun cuando no sea sino por pudor, y que él afectaba haber cometido.

Así, yo no creo que haya huido, arrojando su escudo, en la batalla de Felipe. Bruto lo habia escogido para tribuno de los soldados, grado que equivale al de coronel, y Bruto se entendia en materia de conocer á los hombres. No; fué derrotado con sus compañeros de armas, pero se batió bien. Si se ha jactado de una cobardía que habria hecho gemir á un corazon romano, ha sido para hacer sonreir á Mecénas y adular mejor á Augusto, vencedor de Felipe.

Encuentro igualmente una prueba de bajeza, en los insultos que prodigara á uno de los caracteres mas hermosos de la época, á Antistio Labéo. Labéo era un republicano, á quien no pudieron doblegar ni las astucias ni las amenazas de Augusto, y que jamas consintió en inclinar la cabeza al yugo. Horacio lo persigió con sus sátiras y aun con sus calumnias, hasta el grado de que Tácito no pudo abstenerse de reprobar aquella indigna complacencia hácia Augusto.

El fué tambien quien cantó la victoria de Accio, como si el silencio no fuera el único deber ante triunfos semejantes.

Lo que es admirable en Horacio, es la inteligencia, la cultura del espíritu, la fuerza de la expresion, la perfeccion de forma que rara vez se ha igualado, el exquisito lenguaje que revelaba un gusto exquisito, la sábia vivacidad de estilo, los detalles admirables, el arte que yo compararia al arte mas delicioso de los plateros florentinos. Es un poeta maravilloso, es hasta un gran talento; pero su alma, á pesar de los relámpagos que la iluminan, á pesar de los recuerdos de la filosofía griega, se vuelve ante Augusto y Mecénas, si no servil, digna por lo ménos de un liberto.

Horacio es el gran sacerdote de la falsa libertad que se llama la indiferencia y el ocio. Cantaba y le gustaban los festines, el vino, las hermosas queridas, los placeres de la ciudad y los del campo, que mucho se asemejaban á los de la ciudad en la casa de Mecénas en Tivoli. Se deleitaba en la pereza y se mofaba de cualquier cuidado. Augusto quiso unírsele haciéndolo su secretario; Horacio se negó, no por temor de estar bajo la mano del emperador, sino porque tenia horror de todo lazo regularizado, y porque queria dis-

poner de su tiempo para escribir, para vivir bien, y para gozar de sus amigos.

No obstante, continuó siendo íntimo de Augusto, y aun conocemos una carta muy curiosa, que demuestra cómo hacían Mecénas y el emperador para tener siempre á la obra á aquellos hermosos talentos disciplinados.

En una carta que es á la vez una caricia y una amenaza, se queja Augusto con Horacio de que no lo elogia en sus versos con bastante frecuencia: «¿Sabéis que no estoy contento de vos? ¿Creeis que os deshonraris ante la posteridad si confesais que sois mi amigo?» Lo que preocupaba, pues, á Augusto, era hacer borrar la huella de sus crímenes con las alabanzas de los poetas. Cuando por casualidad componían demasiados versos sin tocar en ellos las virtudes ó la gloria del emperador, Augusto les escribía con toda suavidad, pero bajo la forma tierna y amistosa de sus palabras se siente una especie de punta de acero.

El retrato que tenemos de Horacio en varios medallones es conforme á la imágen que él mismo nos dejara. Dice que tenía pequeña la nariz, bonita la frente, negros los cabellos, un aspecto agradable, una sonrisa siempre lista para los que á él se acercaban. En efecto, en esas medallas se ve que la frente es recta, el perfil bastante regular, la nariz fina, (*vir emunctæ naris*), las facciones delicadas y espirituales, pero sin elevacion; aun hoy dia se encuentran en Roma algunos tipos italianos, que no llaman sino muy ligeramente la atencion, y que tienen muchísima afinidad con el tipo de Horacio. Confiesa este que desde muy temprano se le abultó el vientre y se enfermó de los ojos; que tenía estos ribeteados de colorado, mal rasgados en el párpado inferior, y el poeta añade sin falsa vergüenza que los tenía tambien le-

gañosos (*lippus*). Sabemos además que tenía el talle corto, y que Augusto, cuya jovialidad misma tenía algo de cruel, lo llamaba «mi barrilito» [*sextariolæ*]. Este mal nombre tenía dos aplicaciones, pues se dirigía á la vez contra la redondez y contra la capacidad del antecesor de Falstaff, que celebró demasiado el buen vino para no haber abusado de él algunas veces.

Por estos génius, que dieron brillo á Augusto y á su siglo, se puede juzgar de la accion mucho mas poderosa que debió ejercer Mecénas en inteligencias de segundo orden. Propereio, enervado por la voluptuosidad en la casa de Mecénas, muere á los 30 años, sin tener mas ambicion que la de espirar en los brazos de Cyntia. Ovidio, mucho mas jóven, pero pervertido desde su infancia con semejantes ejemplos, mezcló á sus preceptos sobre el arte de amar y á su insípida languidez, las adulaciones mas bajas á Augusto y aun á Tiberio. Tambien Tibulo no quiere cantar mas que el amor; la literatura, en fin, del siglo de Augusto, miéntras mas la representan talentos inferiores, sistemáticamente, se vuelve mas enervada, mas corrompida, mas inclinada á la voluptuosidad, y mas llena de adulacion y de servilismo. En ello se reconocen la influencia de Mecénas y la política maquiavélica de Augusto que tras él se ocultaba.

Que otros admiren al elegante corruptor, al dispensador amable de beneficios, que solo hizo mas dulce la vida á los pobres poetas, para desviar sus inspiraciones, comprometer su génio, haciéndolo servir los intentos de una política egoísta, y por medio de incentivos péfidos y encantadores, comprometerlo inconciente, en las redes del despotismo! Semejantes á esos pájaros domesticados que atraen á la jaula á los que gozan de su libertad y les hacen amar el cautiverio,

los protegidos de Mecénas consiguieron convencer á sus compatriotas, y hacerles aceptar el olvido de sus deberes, la degradacion de su conciencia, la abdicacion de su voluntad ante la voluntad de uno solo. Gracias á esos hombres que encantan, la posteridad ha compartido las ilusiones políticas de los romanos del imperio; ha hecho de Mecénas el tipo de todos los protectores de las letras, así como ha formado de Augusto un ideal de clemencia y de poder paternal. En cuanto á mí, no puedo dejar de mezclar con el desprecio indulgente que merece un hombre semejante, un resentimiento mas profundo, cuando pienso en las nobles obras que nos ha robado. ¿Qué no habria hecho un génio como el de Virgilio, si hubiera estado libre, aislado, al abrigo de los peligros de la gratitud, y animado solo por su inspiracion? No habria escrito las *geórgicas*; pero habria rivalizado con Hesiodo y habria vencido á Teócrito. No hubiera celebrado al piadoso y lagrimoso Eneas, ni al pequeño Julo, ni á la fria Lavinia; pero hubiera cantado los esplendores de Roma republicana, hubiera narrado la guerra púnica, que tan débilmente pintó Silio, y que fué una guerra de gigantes; hubiera creado, imitando á Homero, una epopeya mas hermosa que la *Encida*; y sobre todo, no hubiera subordinado sus composiciones á las pretensiones y á los intereses de la familia imperial. Sin Mecénas, Horacio se habria conservado digno de la amistad de Bruto; y en vez de murmurar sin cesar los nombres de Lesbia y de Lalagéa, habria elogiado á los Escipiones, á los Gracos, á los dos Catones, en versos semejantes á su oda sobre el Justo.

Propercio, á su vez, en lugar de consumirse vergonzosamente entregándose á las delicias del palacio de Mecénas, habria correspondido á las promesas de su primera juventud,

que era varonil, llena de un ardor altivo, y que dejaba presentir algo heróico. ¡Mas feliz fué Ciceron! ¡Mas felices los proscritos que Octavio hiciera degollar! ¡Pues no perdieron mas que la vida!

No respetar el génio, corromperlo, convertirlo en instrumento de una egoista ambicion, en cómplice de un sistema político, desviar dirigiendo contra la libertad de la patria el fuego divino que la patria habia producido para salir airosa de sus pruebas y glorificar su libertad, es mas que habilidad, es un crimen. La humanidad tiene derecho de pedir severa cuenta á los que así han ahogado en su germen, bellezas para siempre perdidas.